

CARTA ABIERTA A UN EMPRESARIO AMIGO

Por César A. Bourel

(Donde se habla de las relaciones existentes entre los bifes de lomo automáticos y las revistas políticas).

Estimado compañero:

He tenido oportunidad de escuchar ayer la larga conversación mantenida por usted con el inspector teatral de su zona. En verdad, me ha sorprendido el tono mortificante que de la misma surgía para usted, que, al fin y al cabo, es uno de los que más contribuyen con evidente peligro de sus propias finanzas al problemático equilibrio de las municipales. Yo sé que su teatro — como el de muchos de sus colegas — está en perfectas condiciones de higiene y seguridad; me consta, asimismo, que cumple al pie de la letra — que para este caso no es letra muerta — con las mil y una ordenanzas en vigor, que lejos de estimular, tanto traban el natural desarrollo de sus simpáticas actividades; sé, en fin, que usted no necesita de la condescendencia del señor inspector, que, por lo demás, no es condescendiente con nada. (Qué ha de serlo, amigo empresario, si yo te tengo oportunidad de leer en el libro diario de cierta empresa una seria amonestación a la misma porque el utilero de una compañía de revistas — donde los cambios no pueden llevarse a efecto con la parsimonia de algunas intervenciones federales, pongamos por caso — tropezó con el quisqui-

lloso inspector). Y me he dicho, ¿por qué, amigo empresario, teme usted tanto las iras de ese inspector? ¿Por que le va a poner una multa el día que su espectáculo termine cinco minutos después de la hora marcada por los reglamentos, cosa que le ocurre dos o tres veces en el año? Bien. Procure que sus espectáculos terminen a hora y habrá ganado en dignidad lo que pierde en decoro de importante y dignísimo contribuyente municipal. Porque lo otro, la amenaza de que lo va a multar cuando encuentre un papel tirado en el suelo o lo de que "lo va a reventar" sosteniendo que las instalaciones eléctricas de su teatro son deficientes, usted — porque sabe que no es cierto — no debe tenerlo en cuenta.

Padezco yo la poca suerte de contar entre mis amigos con uno que explota un bar automático, que no es automático porque mi amigo, desde la caja, lo maneja con una piolita. Cuando le hablaba de la tiranía que los inspectores ejercen sobre ustedes, él se reía de buena gana.

—“A nosotros — me decía — los inspectores municipales no nos molestan nunca, tal vez porque a ellos no les preocupa tanto la salud física del pueblo — le llamaremos así — como la otra, la espiritual, esa en que anda la gente de teatro. A nosotros — agregaba — no nos aprueban antes de salir a